

necesidades de aquel ejército imaginario. Habiendo obtenido una licencia de su coronel, marchó á París, en donde formó todo su plan de campaña; en seguida se dirigió al Mediodía, y en el camino se despojó del uniforme de teniente para vestirse el de inspector general. En adelante iba á ser el teniente general conde Carlos Alejandro de Borromeo.

Llegó Collet á Valence y se fué en derechura á la ciudadela. Al comandante le sorprendió algun tanto no haber recibido aviso oficial de aquella visita, pero el conde Borromeo atribuyó con la mayor indiferencia aquella irregularidad al estado de crisis en que se hallaba sumida la Francia; enseñó su nombramiento, dejó vislumbrar bajo su capa una hilera de variadas condecoraciones, y recibió todos los honores debidos á su rango y á sus funciones. El primer paso estaba dado. En lo sucesivo, el inspector general seria anunciado con regularidad de una plaza á otra. Pero, así como el obispo necesitaba un capellán, al general le era indispensable un estado-mayor. Collet se le formó, y de los mas brillantes.

Tomó á sus inmediatas órdenes á un comandante, á quien ascendió al grado de teniente coronel, y varios oficiales á quienes condecoró. Llegó hasta el extremo de prometer al prefecto del departamento del Herault la gran cruz de la Legion de Honor. Pero esto solo eran los medios: el objeto era visitar las arcas públicas. En la de Valence tomó 20,000 francos, en la de Aviñon 115,000, en la de Marsella 200,000, y en la de Nimes 30,000.

Si Collet hubiese sabido detenerse á tiempo, hubiera dejado el ejemplo mas curioso de afortunada audacia que se haya registrado en tiempo alguno en los anales de los caballeros de industria; pero se desvaneció con el oro y los honores; se dejó arrebatarse por su nuevo papel, que representaba con verdadera pasion, y halló en Montpellier su Waterloo.

Acababa de pasar en aquella ciudad una revista brillante, en la que se habia presentado rodeado por las autoridades principales, y presidia la comida oficial dada en obsequio suyo en la prefectura, cuando de pronto se abrieron las puertas del salon del banquete, aparecieron en la antesala unos tricornos galoneados, y un jefe de escuadron de gendarmeria se adelantó, puso con la mayor irreverencia su mano en el hombro del general conde de Borromeo, le prendió ante la vista de las autoridades estupefactas, y le condujo á la cárcel de la ciudad. Los pobres oficiales que componian su estado-mayor fueron encerrados asimismo en calabozos, hasta tanto que quedase bien probado que solo habían sido víctimas de un engaño, y no cómplices.

Esta hazaña se difundió por todas partes, y produjo un efecto inmenso. Collet habia atacado á la institucion sacrosanta del imperio, al ejército; habia saqueado el tesoro público. El caso requería la horca; la sumaria fue rápida, y los interrogatorios se sucedieron sin interrupcion durante veinte dias. Pero no se conseguia probar la identidad del famoso Borromeo.

Entre tanto, se le antojó á aquel prefecto del Herault, tan deseoso de grandes cruces, enseñar á sus huéspedes el célebre ratero, como se enseña una

zorra cogida en un cepo. Sacaron á Collet de la cárcel y le condujeron á la prefectura. Los gendarmes le encerraron en la repostería, cuya puerta custodiaron, pues no querian enseñarle sino á los postres con el vino de Champagne. Collet, que se habia quedado solo, miró en torno suyo, vió colgados de un clavo un delantal blanco, una chaqueta, un gorro, en fin, todo el traje de un cocinero. Ocurriéndosele una de esas inspiraciones que tanto abundan en el genio de Cartouche, se quitó su librea de preso, se vistió de cata-salsas, cogió en la mano una fuente de crema, empujó una puerta que no estaba guardada y salió sin tropiezo alguno.

El prefecto, cruelmente chasqueado, puso en campaña á todas sus brigadas de gendarmes y agentes de policia, pero Collet se hallaba oculto en donde á nadie se le habria ocurrido la idea de ir á buscarle, en casa de un albañil, en frente de la prefectura. Todas las mañanas veia desde su claraboya al señor prefecto afeitándose junto á la ventana, y desesperándose durante el resto del dia en su cuarto, porque le habian arrestado en castigo de su torpeza.

Collet, que por los periódicos y por su patron se hallaba al corriente de todo, dejó pasar la tormenta, se cercioró, escribiendo á Lorient, de que no habia sospecha alguna respecto del teniente del 47 de línea y se puso en marcha para ir á reunirse con su regimiento.

Pasó por Tulle, pero allí el demonio de la ratería volvió á apoderarse de él. Collet encontró á uno de los dependientes principales de la casa Durand, de Grenoble, se grangeó su confianza, y le negoció una letra falsa de 12,000 francos, recibiendo á cuenta de ella 5,000. Algunos dias despues, volvió á tomar la charretera. Pero su última jugarreta habia de serle fatal; el dependiente robado habia hallado su rastro, hizo que le prendiesen, y el teniente, conducido á Grenoble, fue condenado á cinco años de presidio por falsificador de documentos de comercio.

Aun era esto ser muy afortunado, porque la justicia no creia tener en frente de sí mas que á un jóven culpado de un extravío aislado. La familia de Collet resarcó ámpliamente á la casa Durand, lo cual nos induce á creer que los ahorros del ratero estaban colocados en sitio seguro, y que no todos ignoraban su modesto y reservado oficio. El dinero es omnipotente, y el reo fue tratado con singular benevolencia. Le permitieron que sufriese su condena en la cárcel de Grenoble, y allí, á fuerza de dinero, supo obtener al pronto la gratificacion de enfermería, y poco despues las dulces funciones de ayudante de carcelero.

Ya iban á espirar los cinco años, y Collet se hallaba próximo á verse libre á poca costa, cuando un dia fué un oficial á visitar á un preso, y en el ayudante de carcelero de Grenoble, conoció al inspector general de Montpellier. Aquel oficial habia formado parte del estado-mayor del conde de Borromeo, y aun le tenia muy apesadumbrado la farsa de que fue víctima. Denunció á Collet, á quien en seguida cargaron de cadenas, le condujeron á Montpellier, y desde allí le enviaron al presidio de Tolon. Solo que,